La naturaleza política del absolutismo ha sido frecuente tema de controversia dentro del materialismo histórico. Prosiguiendo el análisis iniciado en *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*, Anderson sitúa a los estados absolutistas de los comienzos de la Edad Moderna sobre el telón de fondo del anterior feudalismo europeo. En la primera parte de la obra se analizan las estructuras generales del absolutismo como sistema de estados, en Europa occidental, a partir del Renacimiento; y se discute la difícil cuestión de las relaciones entre monarquía y nobleza que se institucionalizan a través del Estado absolutista, para cuya transformación en el tiempo el autor propone un esquema general de periodización. Se estudian después las trayectorias de los estados absolutistas de España, Francia, Inglaterra y Suecia, comparándolos con el caso italiano, en el que no llegó a formarse un verdadero absolutismo.

La segunda parte esboza una perspectiva comparativa del absolutismo en Europa oriental, para tratar de comprender las razones por las que las distintas condiciones sociales de la mitad más atrasada del continente desembocan, no obstante, en formas políticas aparentemente similares a las occidentales. Se estudian las monarquías absolutistas de Prusia, Austria y Rusia; el contraejemplo polaco muestra cuál es el precio histórico de la incapacidad de la nobleza y la monarquía polacas para crear un Estado absolutista; el imperio otomano de los Balcanes se utiliza como contraste para subrayar la singularidad del absolutismo como fenómeno europeo.

La obra se cierra con una discusión de la posición especial que ocupa el desarrollo europeo en la historia universal, haciendo hincapié en el significado de la herencia de la Antigüedad clásica. Dos extensos apéndices estudian, por último, la noción de «modo de producción asiático» y la trayectoria histórica del feudalismo japonés, el único feudalismo surgido fuera de Europa.

Perry Anderson es bien conocido por su labor como editor y autor en *New Left Review*. Siglo XXI ha publicado también su obra *Consideraciones sobre el marxismo occidental*.

siglo veintiuno editores

ISBN 968-23-0946-8

9 789682 309465

EL ESTADO ABSOLUTISTA | perry anderson

EL ESTADO ABSOLUTISTA

siglo veintiuno editores

perry anderson

DOS NOTAS

A. EL FEUDALISMO JAPONES

En el siglo VII d. C., bajo una fuerte influencia china, se formó en Japón un sistema político imperial centralizado: la reforma Taika del año 646 disolvió las anteriores e imprecisas comunidades de grupos de linaje nobiliarios y de cultivadores independientes e instaló por vez primera un sistema estatal unitario. El nuevo Estado japonés, calcado administrativamente del imperio T'ang de la China de la época y que habría de regularse por los códigos Taiho de principios del siglo VIII (702), se basaba en un monopolio imperial de la propiedad de la tierra. El suelo se concedía en pequeños lotes, periódicamente redistribuidos, a cultivadores arrendatarios que pagaban impuestos en especie o prestaciones personales al Estado. El sistema de asignación de parcelas, aplicado en un primer momento a las tierras familiares de la casa imperial, se extendió gradualmente durante el siglo siguiente a todo el país. El control político unificado del país se mantenía por medio de una amplia burocracia central, compuesta por una clase aristocrática civil que se reclutaba para los cargos por herencia más que por exámenes. El reino fue sistemáticamente dividido en distritos de la capital, provincias, distritos rurales y aldeas bajo una rígida supervisión gubernamental. También se creó, aunque de forma algo vacilante, un ejército permanente obligatorio. Se contruyeron ciudades imperiales, planeadas simétricamente según las normas chinas. El budismo, sincréticamente mezclado con los cultos indígenas del Shinto, se convirtió en religión oficial, formalmente integrada en el mismo aparato de Estado[1]. Sin embargo, a partir del año 800, aproximadamente, este imperio de influencia china comenzó a disolverse bajo diversas fuerzas centrífugas.

La falta de algo similar al mandarinato dentro de la burocracia favoreció desde el principio su privatización por la nobleza. Las órdenes religiosas budistas consiguieron privilegios

[1] Puede verse un lúcido análisis del Estado Taiho en J. W. Hall, *Japan from prehistory to modern times*, Londres, 1970, pp. 43-60.

especiales sobre las tierras que les habían sido donadas. La recluta militar obligatoria se abandonó en el año 792, y la redistribución de las parcelas, alrededor del 844. Los terrenos semiprivados o *shoen*, propiedad de los nobles o los monasterios, se extendieron rápidamente por las provincias. Sustraídos desde el principio a la propiedad estatal de la tierra, los *shoen* consiguieron finalmente la inmunidad fiscal y la exención de la inspección catastral realizada por el gobierno central. Las mayores de estas propiedades —que frecuentemente procedían de tierras hechas aptas para la labranza en fecha reciente— abarcaban varios cientos de hectáreas. Los campesinos que cultivaban los *shoen* debían cargas directamente a sus señores, a la vez que nuevos estratos intermedios de capataces o alguaciles iban adquiriendo, dentro de este sistema señorial en formación, ciertos derechos sobre el producto (principalmente arroz). La organización interna de los señoríos japoneses estuvo muy influida por la naturaleza del cultivo del arroz, rama básica de la agricultura. No había ningún sistema de rotación trienal, al estilo europeo, y las tierras del común carecían de importancia, dada la falta de ganado. Las parcelas de los campesinos eran mucho más pequeñas que en Europa y había menos comunidades aldeanas, mientras que las densidad de la población rural y la escasez de tierra eran considerables. Pero, sobre todo, no existía una verdadera reserva señorial dentro de la finca: los *shiki*, o derechos divisibles de apropiación del producto, se recaudaban uniformemente sobre la producción total del *shoen*[2]. Por otra parte, dentro del sistema político, la aristocracia de la corte, o *kuge*, desarrolló una refinada cultura civil en la capital, donde la casa Fujiwara consiguió una prolongada influencia sobre la propia dinastía imperial. Pero fuera de Kyoto, la administración imperial se abandonó hasta su desaparición. Al mismo tiempo, y una vez que el reclutamiento obligatorio hubo desaparecido, las fuerzas armadas de las provincias se convirtieron gradualmente en propiedad de la nueva nobleza militar de guerreros samurais o *bushi*, que alcanzaron por primera vez una posición preeminente en el siglo XI[3]. Tanto los funcionarios públicos del gobierno central como los propietarios locales de los *shoen* reunieron en torno a sí bandas

[2] Puede verse un análisis comparado del *shoen* en Joüon des Longrais, *L'Est et l'Ouest, institutions du Japon et de l'Occident comparées*, París, 1958, pp. 92-103.

[3] Los orígenes de los *bushi* están esbozados en J. W. Hall, *Government and local power in Japan, 500-1700*, Princeton, 1966, pp. 131 3.

personales de estos guerreros, con finalidades de defensa y de ataque. Con la privatización del poder coactivo se intensificaron las luchas serviles a medida que las tropas provinciales de *bushi* intervenían en las luchas de las camarillas cortesanas por el control de la capital imperial y de su marco administrativo.

El derrumbamiento del viejo sistema Taiho culminó, a finales del siglo XII, con la fundación victoriosa del shogunato de Kamakura por Minamoto-no-Yoritomo. El nuevo soberano, que se había educado en Kyoto y tenía un gran respeto hacia su legado, conservó en la misma Kyoto la dinastía y la corte imperiales y la administración civil tradicional[4]. Pero, junto a ellas, se creó un nuevo aparato militar de gobierno bajo el mando del *shogun* o «generalísimo», dirigido por la clase de los *bushi* y centrado en una capital diferente, Kamakura. A partir de entonces, esta nueva autoridad paraimperial fue la que ejerció el verdadero poder en Japón. El shogunato, que se conocía con el nombre de *Bakufu* («tienda» o cuartel general militar), controlaba al principio la lealtad de unos 2.000 «hombres de la casa» (*gokenin*), o vasallos personales de Yoritomo, y se apropió o confiscó para su uso muchos *shoen*. En las provincias, el shogunato nombró gobernadores militares o *shugo*, e intendentes de la tierra o *jito*, elegidos entre sus seguidores. Los primeros pasaron a ser en la práctica el poder local dominante en sus regiones, mientras que los segundos, en un plano inferior, se encargaban de la recaudación de impuestos de las propiedades *shoen*, sobre las que llegaron a adquirir paulatinamente derechos *shiki*, a costa de sus anteriores propietarios[5]. La nueva red de *shugo* y *jito*, creada por el shogunato y responsable sólo ante él, representó una forma preliminar del sistema de beneficios: las funciones represivas y fiscales fueron delegadas por los *bushi* en sus séquitos a cambio de la concesión de títulos sobre las rentas de la tierra. Por medio de unas «cartas de confirmación» formales se concedían derechos a los vasallos locales sobre las rentas de la tierra y los hombres de armas[6]. Todavía subsistían, sin embargo, la legalidad y la burocracia imperial: el *shogun* era nombrado legalmente por el emperador, los *shoen* continuaron sometidos al derecho públi-

[4] M. Shinoda, *The founding of the Kamakura Shogunate, 1180-1185*, Nueva York, 1960, pp. 112-3, 141-4.

[5] Véase un amplio estudio de los *jito* en Hall, *Government and local power in Japan*, pp. 157-8, 182-90.

[6] Shinoda, *The founding of the Kamakura Shogunate*, p. 140.

co y la mayor parte de la tierra y de la población se mantuvieron bajo la antigua administración civil.

El régimen Kamakura, debilitado financiera y militarmente por los ataques mogoles a finales del siglo XIII, se hundió finalmente en las luchas civiles. A lo largo de siglo XIV, durante el shogunato de Ashikaga que sucedió al de Kamakura, se dio el paso decisivo hacia la plena feudalización de la sociedad y el sistema político japonés. El propio shogunato se trasladó a Kyoto y se abolió la prolongada autonomía de la corte imperial: la sagrada dinastía y la aristocracia *kuge* fueron privadas de la mayor parte de sus tierras y riquezas y relegadas a funciones puramente ceremoniales. La administración civil de las provincias quedó completamente eclipsada por los gobiernos militares *shugo*. Al mismo tiempo, sin embargo, el shogunato de Ashikaga fue mucho más débil que su predecesor de Kamakura; consiguientemente, los *shugo* se convirtieron cada vez más en señores locales omnipotentes, absorbiendo a los *jito*, exigiendo prestaciones de trabajo y reteniendo la mitad de los ingresos de los *shoen* locales a escala provincial; a veces incluso «recibiendo» el *shoen* directamente de sus propietarios absentistas [7]. En este momento ya se había desarrollado un verdadero sistema de feudos o *chigyo*, que por vez primera representaba una fusión directa de vasallaje y beneficio, de servicio militar y posesión condicional de la tierra; los *shugo* poseían esos feudos y los distribuían además entre sus séquitos. La adopción de la primogenitura dentro de la clase aristocrática consolidó la nueva jerarquía social en el campo [8]. En el nivel inferior, el campesinado sufrió la correspondiente degradación a medida que su movilidad se restringía y sus prestaciones aumentaban : los pequeños guerreros locales del estrato *bushi* estaban en mejores condiciones que los nobles *kuge* absentistas para extraer el excedente de los productores directos. Hubo en el campo además una expansión de la producción mercantil, especialmente en las regiones centrales situadas alrededor de Kyoto, donde se concentraba la elaboración del *sake*, y aumentó el volumen de la circulación monetaria. También aumentó la productividad rural con la introducción de mejores instrumentos de cultivo y el mayor uso de la tracción animal, de tal forma que el producto agrícola creció constantemente en muchas zonas [9]. El comercio exterior se expandió, a la vez que

[7] H. P. Warley, *The Onin war*, Nueva York, 1967, pp. 38-43.
[8] *Ibid.*, pp. 76-7.
[9] Hall, *Japan from prehistory to modern times*, p. 121.

se desarrollaban en las ciudades gremios de artesanos y comerciantes de un tipo similar a los de la Europa medieval. Pero todavía persistía el arcaico marco imperial, aunque penetrado por todas partes por las nuevas jerarquías feudales, situadas bajo un shogunato central relativamente débil. Las jurisdicciones gubernativas de los *shugo* continuaban siendo mucho más amplias que sus tierras enfeudadas, y los *bushi* que vivían en ellas no eran todos en absoluto sus vasallos personales.

El hundimiento final del shogunato de Ashikaga tras el comienzo de las guerras Onin (1467-77) completó la disolución de los últimos vestigios del legado administrativo Taiho y el proceso de feudalización de todo el país. En medio de una oleada de anarquía en la que «los de abajo mandaban sobre los de arriba», los *shugo* regionales fueron derrocados por vasallos usurpadores —a menudo sus antiguos lugartenientes— y con ellos desaparecieron los grupos de *shoen* y las jurisdicciones provinciales que habían presidido. Los aventureros de la nueva época Sengoku, surgidos de la guerra, se repartieron sus propios principados que, a partir de entonces, organizaron y dirigieron como territorios puramente feudales, a la par que se desintegraba en todo el país cualquier tipo de poder central. Los *daimyo* o magnates de finales del siglo XV y principios del XVI controlaban dominios sólidos, en los que todos los guerreros eran vasallos o subvasallos suyos y toda la tierra pertenecía a su propiedad soberana. Los derechos divisibles o *shiki* se concentraron en unidades de *chigyo*. Territorialmente, la feudalización era más completa que en la Europa medieval, porque se desconocían las parcelas alodiales en el campo. Los samurais juraban lealtad militar a sus señores y recibían de éstos verdaderos feudos, esto es, concesiones de tierra junto con derechos jurisdiccionales [10]. El enfeudamiento se calculaba en términos de «aldeas» (*mura*: unidades administrativas más que aldeas verdaderas), y los habitantes del feudo estaban sometidos a supervisión directa de los *bushi*. Las ciudades-castillo y la subinfeudación se desarrollaron en los dominios *daimyo*, regulados por nuevas «leyes domésticas» feudales en las que se codificaban las prerrogativas del señor y la jerarquía de dependencias personales. El vínculo entre el señor y el vasallo se caracte-

[10] El texto literal del juramento de vasallaje y de la concesión de la tierra en esta época puede verse en Hall, *Government and local power in Japan*, pp. 253-4; en las pp. 245-56 se trazan las líneas generales de la organización feudal en la época Sengoku.

rizó en el feudalismo japonés por dos notas específicas: el lazo personal entre el señor y su servidor era más fuerte que el lazo económico entre éste y la tierra, es decir, dentro del nexo feudal el vasallaje tendía a predominar sobre el beneficio [11]. Al mismo tiempo, la relación entre el señor y el vasallo era más asimétrica que en Europa. El componente contractual del homenaje era mucho más débil; el vasallaje tenía un carácter semifamiliar y sagrado, más que legal. El concepto de «felonía» señorial o ruptura del vínculo por el señor era desconocido. Tampoco existía el señorío múltiple. Así, la específica relación intrafeudal era más unilateralmente jerárquica; su terminología fue tomada de la autoridad paterna y del sistema de parentesco. El feudalismo europeo siempre abundó en luchas intrafamiliares y se caracterizó por una extrema abundancia de litigios. El feudalismo japonés, sin embargo, no sólo careció de toda inclinación legalista, sino que su forma cuasipatriarcal se hizo aún más autoritaria con la extensión de los derechos paternos a la adopción y a desheredar a los hijos, que impidieron con eficacia las insubordinaciones filiales, tan comunes en Europa [12]. Por otra parte, el número de guerras feudales, estímulos del valor y la destreza de los caballeros armados fue, durante esta época, tan alto como en la Europa medieval tardía. Entre los principados *daimyo* rivales fueron constantes las luchas violentas. Además, en los vacíos que dejó la fragmentación política de Japón pudieron florecer algunas ciudades mercantiles autónomas análogas a las de la Europa medieval: Sakai, Hakata, Otsu, Ujiyamada y otras. Los viajeros jesuitas calificaron al puerto de Sakai de «Venecia» oriental [13]. Las sectas religiosas crearon sus propios enclaves armados en Kaga y Noto, en el mar del Japón. Incluso hicieron también una breve aparición las comunas rurales insurrectas, dirigidas por la pequeña nobleza descontenta y basadas en el campesinado rebelde. La más notable se estableció en la misma región central de

[11] Joüon subraya con fuerza esa característica: *L'Est et l'Ouest*, páginas 119-20, 164.

[12] Véanse los agudos comentarios de Joüon, *L'Est et l'Ouest*, pp. 145-7, 395-6. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que a pesar de la inclinación terminológica del feudalismo japonés hacia las relaciones de pseudoparentesco, en la práctica los señores de esta época consideraban al vasallaje como un vínculo de lealtad más seguro que la consanguinidad; de forma significativa, las ramas familiares de un linaje de magnates se asimilaban normalmente a la condición de vasallos. Véase Hall, *Government and local power in Japan*, p. 251.

[13] Un estudio sobre Sakai puede verse en G. Sansom, *A history of Japan, 1334-1615*, Londres, 1961, pp. 189, 272-3, 304-5.

Yamashiro, donde la comercialización había ocasionado un grave endeudamiento entre la población rural [14]. Los desórdenes de la época se incrementaron todavía más por el impacto de las armas de fuego, las técnicas y las ideas europeas tras la llegada de los portugueses a Japón en el año 1543.

En la segunda mitad del siglo XVI, una serie de impresionantes guerras civiles entre los grandes potentados *daimyo* condujo a la victoriosa reunificación del país bajo sucesivos comandantes militares: Nobunaga, Hideyoshi e Ieyasu. Odd Nobunaga forjó la primera coalición regional para establecer un control sobre el Japón central; liquidó el militarismo budista, quebró la independencia de las ciudades mercantiles y llegó a dominar sobre un tercio del país. Esta formidable obra de conquista fue completada por Toyotomi Hideyoshi al mando de grandes ejércitos, equipados con mosquetes y cañones y compuestos por un bloque de fuerzas de *daimyo* aliados, agrupadas en torno a él [15]. El sometimiento de todos los magnates a la autoridad de Hideyoshi no condujo, sin embargo, a la restauración del desaparecido Estado centralizado de la tradición Taiho, sino a la reintegración, por vez primera, del mosaico de señoríos regionales en un sistema feudal unitario. Los *daimyo* no fueron desposeídos de sus dominios, pero se convirtieron en vasallos del nuevo soberano, del que a partir de entonces recibieron sus territorios en calidad de feudos y a quien enviaban algunos parientes como rehenes en garantía de su lealtad. La dinastía imperial fue mantenida como símbolo religioso de legitimidad, por encima y separada del sistema operativo de la soberanía feudal. Un nuevo registro catastral estabilizó el sistema de propiedad de la tierra, consolidando sobre su base la reorganizada pirámide de señoríos. La población se dividió en cuatro órdenes cerrados: nobles, campesinos, artesanos y comerciantes. Los *bushi* fueron alejados de las aldeas y congregados en las ciudades-castillo de sus *daimyo* en calidad de hombres de armas, disciplinados y dispuestos a una inmediata intervención militar. Su número quedó oficialmente registrado, y la extensión de la clase samurai se fijó, a partir de entonces, entre un 5 y un 7 por 100 de toda la población, lo que daba un estrato relativamente amplio de hombres de espada. Simul-

[14] Las circunstancias que produjeron la comuna de Yamashiro están bosquejadas en Varley, *The Onin war*, pp. 192-204.

[15] «La victoria de Hideyoshi no representó la verdadera unificación de Japón, sino la conquista de todo el país por una sola liga de *daimyo*»: Hall, *Government and local power in Japan*, p. 284.

táneamente, los campesinos fueron privados de armas, vinculados a la tierra y legalmente obligados a entregar los dos tercios de su producción a sus señores [16]. Las ciudades autónomas de las épocas Ashikaga y Sengoku fueron suprimidas y se prohibió a la clase mercantil la compra de tierra (del mismo modo que los samurais quedaron excluidos del comercio). Por otra parte, las ciudades-castillo de los magnates feudales crecieron prodigiosamente en este período. El comercio se desarrolló con rapidez bajo la protección de los *daimyo*, cuyos cuarteles generales, instalados en los castillos, constituyeron los núcleos centrales de una red enormemente ampliada de ciudades. A la muerte de Hideyoshi, el poder supremo fue conquistado por Tokugawa Iesayu, un *daimyo* procedente del primitivo bloque de Toyotomi, que movilizó a una nueva coalición de señores para derrotar a sus rivales en la batalla de Sekigahara, en el año 1600, y se convirtió en *shogun* en 1603. Ieyasu fundó el Estado Tokugawa, que habría de durar doscientos cincuenta años, hasta la época de la revolución industrial en Europa. La estabilidad y longevidad del nuevo régimen quedaron enormemente reforzadas por el cierre formal de Japón a todo contacto con el mundo exterior, medida inicialmente inspirada por el bien fundado temor de Ieyasu de que las misiones católicas establecidas en Japón fueran una punta de lanza ideológica para la infiltración política y militar europea. El efecto del riguroso cierre del país fue, naturalmente, aislarlo durante dos siglos de todo choque o trastorno procedente del exterior y petrificar las estructuras establecidas por Ieyasu tras su victoria en Sekigahara.

El shogunato Tokugawa impuso en Japón la unidad sin centralismo. En realidad, lo que hizo fue estabilizar una especie de condominio entre el régimen shogunal soberano, basado en la capital Tokugawa de Edo y los gobiernos autónomos de los *daimyo* en sus feudos provinciales. Los historiadores japoneses han designado posteriormente la época de su dominación como período *Baku-han*, o combinación del dominio ejercido por el *Bakufu* —el sistema Tokugawa de gobierno—, y los *han*, o casas señoriales en sus propios terrenos. Este sistema híbrido se basaba en el doble fundamento del poder shogunal. Por una parte, el shogunato poseía sus propios dominios Tokugawa, las tierras llamadas *tenryo*, que alcanzaban entre el 20 y el 25

[16] Sansom comenta que la verdadera proporción recaudada se acercaba a los dos quintos, debido a la práctica común de la evasión: *A history of Japan, 1334-1615*, p. 319.

por 100 de todo el país —un bloque mucho mayor que el poseído por cualquier otro linaje feudal— y dominaban estratégicamente las llanuras centrales y las costas del Japón oriental. Poco más de la mitad de esas tierras estaban administradas directamente por el propio aparato del *Bakufu*, y el resto se concedían como feudos menores a los *hatamoto*, u «hombres de la bandera» de la casa Tokugawa, de los que en total había unos 5.000 [17]. Además, el shogunato podía contar en primer término con las aproximadamente 20 grandes líneas colaterales de los Tokugawa, o señores *shimpan*, que tenían derecho a dar sucesores al shogunato, y, en segundo lugar, con los numerosos señores de menor importancia que habían sido vasallos regionales leales a Ieyasu antes de su ascenso al poder supremo. Estos últimos formaban los llamados *fudai* o *daimyo* «de la casa»; en el siglo XVIII había aproximadamente unos 145, y sus tierras abarcaban otro 25 por 100 de la superficie de Japón. De los *fudai* procedía el grueso de los altos funcionarios de la administración del *Bakufu*, cuyos puestos más bajos se reclutaban entre los *hatamoto*. Las grandes casas colaterales quedaban excluidas del gobierno shogunal, ya que por sí mismas tenían un enorme poder potencial, aunque podían intervenir en calidad de consejeros. El propio shogunato sufrió gradualmente un proceso de «simbolización» comparable al de la misma casa imperial. Tokugawa Ieyasu no desplazó a la dinastía imperial más de lo que ya habían hecho sus predecesores Nobunaga y Hideyoshi; en realidad, Ieyasu se preocupó por restaurar el aura religiosa que la rodeaba, a la vez que apartaba al emperador y a la nobleza cortesana *kuge* más radicalmente que nunca de todo poder secular. El monarca era una autoridad divina, relegado en Kyoto a funciones espirituales que estaban completamente separadas de la dirección de los asuntos políticos. En cierto sentido, la dualidad residual de los sistemas imperial y shogunal ofrecía un especie de correlato atenuado de la separación de la Iglesia y el Estado en el feudalismo europeo a causa del aura religiosa del primero. En el Japón de la época Tokugawa siempre hubo dos fuentes potenciales de legitimidad. Sin embargo, como el emperador era también un símbolo político, esta dualidad reproducía la soberanía fragmentada característica de todo feudalismo secular. El *shogun* gobernaba en nombre del emperador, como delega-

[17] A. Craig, *Choshu in the Meiji Restoration*, Cambridge (Massachusetts), 1961, p. 15. A partir de Hideyoshi la tierra se valoraba oficialmente en Japón por su producción de arroz en *koku* (alrededor de 180 litros).

do suyo, gracias a una ficción oficial que institucionalizaba el «gobierno en la sombra». Sin embargo, la dinastía Tokugawa, de la que salían los sucesivos *shogun* que controlaban formalmente el aparato estatal del *Bakufu*, también dejó de ejercer por sí misma una autoridad personal. Después de varias generaciones, el verdadero poder político recayó sobre el consejo shogunal de los *roju*, compuesto por nobles que procedían de los linajes medios *fudai*, en lo que era un segundo grado de «gobierno en la sombra» [18]. La burocracia shogunal era extensa y amorfa, con una enorme confusión de funciones y pluralidad de cargos en su interior. Algunas tenebrosas camarillas verticales maniobraban en busca de cargos y de patronazgo en el interior de su misteriosa maquinaria. Aproximadamente, la mitad de la burocracia tenía obligaciones civiles y la otra mitad militares.

Teóricamente, el gobierno del *Bakufu* podía convocar en leva feudal a 80.000 guerreros de a caballo, formados por unos 20.000 hombres de la bandera y hombres de la casa, además de sus subvasallos. En la práctica, su verdadero potencial armado era mucho menor, y se basaba en la fuerza de los leales contingentes *fudai* y *shimpan*. En tiempos de paz, la fuerza de estas unidades permanentes de guardia era de unos 12.200 hombres [19]. Los ingresos del shogunato procedían básicamente de las cosechas de arroz de sus propias tierras (que inicialmente representaban unas dos terceras partes de sus rentas totales) [20], complementados con su monopolio de las minas de oro y plata, con los que se acuñaba moneda (partida en continuo descenso desde el siglo XVIII). Más adelante, cuando el shogunato entró en crecientes dificultades financieras, recurrió a frecuentes depreciaciones de la moneda y a empréstitos obligatorios o confiscaciones de la riqueza mercantil. Por tanto, la importancia de su ejército y de su tesoro estaban determinadas por los límites de los dominios territoriales de la propia casa Tokugawa. Al mismo tiempo, sin embargo, el shogunato ejercía formalmente unos fuertes controles externos sobre los *daimyo* situados fuera de los límites de su jurisdicción directa. Todos los señores de los dominios *han* eran de hecho sus *tenentes in*

[18] Las sucesivas etapas de este proceso dentro del shogunato están cuidadosamente trazadas en C. Totman, *Politics in the Tokugawa Bakufu, 1600-1843*, Cambridge (Massachusetts), 1967, pp. 204-33.

[19] Totman, *Politics in the Tokugawa Sakufu*, pp. 45, 50.

[20] P. Akamatsu, *Meiji, 1868: révolution et contre-révolution au Japon*, París, 1968, p. 30 [*Meiji, 1868: revolución y contrarrevolución en Japón*, Madrid, Siglo XXI, 1977].

capite y recibían del shogun, en calidad de vasallos suyos, la investidura de sus feudos. En principio, sus territorios podían ser confiscados o transferidos, aunque esta práctica desapareció en las últimas fases de la época Tokugawa, cuando los dominios *han* se hicieron verdaderamente hereditarios [21]. La política matrimonial del *shogunato* intentó, al mismo tiempo, ligar a las grandes casas señoriales con la dinastía Tokugawa. Los *daimyo* estaban obligados, además, a mantener una segunda residencia en la capital del *Bakufu* en Edo, donde tenían que desplazarse cada año o cada seis meses y dejar rehenes de su familia cuando volvían a sus feudos. Este sistema, llamado *sankin-kotai*, estaba destinado a asegurar una vigilancia permanente sobre la actividad de los magnates regionales y a evitar cualquier acción independiente que pudieran llevar a cabo en sus baluartes. Se apoyaba este sistema en una amplia red de informadores e inspectores, que ofrecían al shogunato un servicio de espionaje. Los movimientos por las rutas principales estaban sometidos a estrecha vigilancia mediante pasaportes interiores y controles de carreteras. El transporte marítimo quedó sujeto a regulaciones gubernativas que prohibían la construcción de barcos por encima de determinados volúmenes. Los *daimyo* estaban autorizados a mantener una sola ciudad-castillo, y en las listas oficiales del shogunato se fijaba un techo a sus séquitos armados. No existían impuestos económicos sobre los dominios *han*, pero el *Bakufu* podía exigir contribuciones irregulares para los gastos extraordinarios.

Este imponente e inquisitorial sistema de controles parecía dar al shogunato Tokugawa un poder político completo; de hecho, su verdadero poder siempre fue menor que su soberanía nominal, y con el tiempo la distancia entre ambos aumentó cada vez más. El fundador de la dinastía, Ieyasu, había derrotado en Sekigahara a los señores rivales del sudoeste, pero no los había destruido. Bajo el shogunato Tokugawa había entre 250 y 300 *daimyo*. Alrededor del 90 por 100 de ellos representaban casas *tozama*, o «foráneas», que nunca habían sido vasallos de los Tokugawa e incluso muchos de ellos habían luchado contra Ieyasu. Las casas *tozama* eran miradas como potencial o tradicionalmente hostiles al shogunato y rigurosamente excluidas de la participación en la maquinaria del *Bakufu*. Estas casas incluían a la mayor parte de los dominios más extensos y más ricos: de los 16 grandes *han*, no menos de 11 eran *toza-*

[21] Hall, *Japan from prehistory to modern times*, p. 169.

ma[22]. Estaban localizados en las zonas periféricas del país, en el sudoeste y el nordeste y todos juntos sumaban alrededor del 40 por 100 de la tierra de Japón. En la práctica, sin embargo, su riqueza y su poder eran más formidables de lo que revelaban las listas oficiales de los registros del *Bakufu*. Hacia el final de la época Tokugawa, el *han* Satsuma controlaba a 28.000 samurais armados, esto es, el doble de lo que le permitían las disposiciones oficiales; el *han* Choshu reunía a 11.000, que también eran más de lo que se suponía que debía tener. A la vez, las leales casas *fudai* se situaban, generalmente, por debajo de su fuerza nominal, y a principios del siglo XVIII el mismo shogunato sólo podía mantener, en la práctica, a unos 30.000 guerreros, menos de la mitad de sus levas teóricas[23]. Por otra parte, las nuevas tierras de los lejanos dominios *tozama* contenían más superficie potencial para su conversión al cultivo del arroz de la que tenían las viejas tierras *tenryo* del shogunato en el centro del país. La rica llanura de Kanto, la zona más desarrollada del Japón, estaba controlada por el *Bakufu*, pero los nuevos cultivos comerciales que la caracterizaban tendían precisamente a eludir las tradicionales recaudaciones fiscales de los Tokugawa, basadas en unidades de arroz. Así, los ingresos de algunos *tozama* llegaron a ser más altos que los de los dominios shogunales[24]. Aunque el shogunato fuera consciente de la discrepancia entre el producto real de los feudos *tozama* y su valoración nominal en arroz —discrepancia que en algunos casos se remontaba al comienzo del período *Baku-han*—, la suspensión de su autoridad en las fronteras de los *han* impedía a Edo dar la vuelta a la situación. Por otra parte, cuando la agricultura comercializada alcanzó a las regiones lejanas de Japón, los gobiernos *han*, más sólidos y vigorosos, pudieron establecer monopolios locales muy lucrativos sobre productos agrícolas de venta inmediata (tales como el azúcar o el papel), aumentando así los ingresos de los *tozama*

[22] Craig, *Choshu in the Meiji Restoration*, p. 11.

[23] Craig, *Choshu in the Meiji Restoration*, pp. 15-16; Totman, *Politics in the Tokugawa Bakufu*, pp. 49-50. El origen del número excepcionalmente alto de samurais en los feudos *tozama* del sudoeste reside en los ajustes efectuados después de Sekigahara, cuando Ieyasu redujo drásticamente los dominios de sus enemigos. El resultado fue la concentración de sus adeptos en áreas mucho más pequeñas. Los señores *tozama* ocultaban, por su parte, la verdadera producción de sus tierras, con objeto de minimizar la escala de reducciones ordenada por el *Bakufu*.

[24] Véanse los cálculos provisionales de W. G. Beasley, «Feudal revenues in Japan at the time of the Meiji Restoration», *Journal of Asian Studies*, XIX, 3, mayo de 1960, pp. 255-72.

mientras descendían las rentas del *Bakufu* procedentes de la minería. La fuerza económica y la fuerza militar de los *daimyo* estaban íntimamente ligadas, ya que los guerreros samurais tenían que mantenerse con los ingresos procedentes del arroz. La posición material de las grandes casas *tozama* era, pues, mucho más poderosa de lo que parecía a primera vista, y su poder aumentó todavía más con el paso del tiempo.

Dentro de sus dominios, todos los *daimyo* —fuesen *tozama*, *shimpan* o *fudai*— disponían de una autoridad sin límites: el control directo del shogunato se detenía en las fronteras de sus feudos. Los *daimyo* promulgaban leyes, administraban justicia, recaudaban impuestos y mantenían tropas. El centralismo político de los *daimyo* dentro de sus *han* era mayor que el del shogunato en sus tierras *tenryo*, porque no estaba mediatizado por la subinfeudación. Inicialmente, los territorios *han* se dividían en tierras de la casa del *daimyo* y feudos vasalláticos concedidos a los miembros armados de su séquito. Sin embargo, en el transcurso de la época Tokugawa se produjo en todos los *han* un aumento constante del número de samurais pagados con simples estipendios en arroz, sin ser enfeudados con tierras. A finales del siglo XVIII, prácticamente todos los *bushi* que no pertenecían a los territorios shogunales recibían salarios en arroz procedente de los graneros señoriales, y la mayor parte de ellos residían en las ciudades-castillo de sus señores. Este cambio se vio facilitado por la tradicional preponderancia, dentro de la relación intrafeudal, del vasallaje sobre el beneficio. La separación de la clase samurai de la producción agrícola fue acompañada por su entrada en la administración burocrática, tanto en el *Bakufu* como en los *han*. En efecto, el aparato de Estado shogunal, con su proliferación de cargos y sus departamentos confusos, se reprodujo en las tierras de los señores provinciales. Todas las casas *daimyo* llegaron a tener su propia burocracia, formada por los vasallos samurais y dirigida por un consejo de los principales miembros del séquito, o *kashindan*, que, como el consejo de los *roju* en el shogunato, ejercía con frecuencia el verdadero poder en nombre del señor *han*, que por su parte se convirtió a menudo en una figura decorativa[25]. La misma clase de los *bushi* se había estratificado en un complejo sistema de rangos

[25] Sin embargo, el papel de los *daimyo* varió enormemente; en el período *Bakumatsu*, por ejemplo, mientras el señor de Choshu era un cero a la izquierda, los señores de Satsuma o Tosa intervenían activamente en la política.

hereditarios, de cuyos niveles más elevados procedían los funcionarios superiores de los gobiernos de los *han*. Otro resultado de la burocratización de los samurais fue su conversión en una clase culta, con una lealtad crecientemente impersonal hacia la totalidad del *han* más que hacia la persona del *daimyo*, aunque las rebeliones contra este último fuesen prácticamente desconocidas.

En la base de todo el sistema feudal, el campesinado estaba atado jurídicamente al suelo y no podía emigrar ni intercambiar sus tierras. Estadísticamente, la parcela media del campesino era extremadamente pequeña —alrededor de una hectárea— y las cargas que debía pagar a su señor ascendían, durante la primera época Tokugawa, al 40-60 por 100 del producto total. Esta proporción descendió al 30-40 por 100 a finales del shogunato [26]. Las aldeas eran colectivamente responsables de las cargas, que generalmente se pagaban en especie (aunque en el futuro aumentarían las conversiones en dinero) y eran recaudadas por los funcionarios fiscales del *daimyo*. Como los samurais ya no realizaban ninguna función señorial, se eliminó toda relación directa en la tierra entre los caballeros y los campesinos, aparte de la administración rural a cargo de los magistrados del *han*. La larga paz habida en la época Tokugawa y los métodos impositivos fijos de extracción de excedente que con ella se establecieron permitieron un impresionante avance del producto y de la productividad agrícola en el primer siglo que siguió a la implantación del shogunato. Se hicieron aptas para el cultivo importantes extensiones de nueva tierra, con aprobación oficial del *Bakufu*, y se produjo una creciente difusión de los aperos de hierro. Se intensificó el regadío y se extendió el área de los campos de arroz, los fertilizantes se emplearon con mayor asiduidad y se multiplicaron las variantes de cultivos. Según las estimaciones oficiales, la superficie destinada al arroz aumentó en un 40 por 100 durante el siglo XVII, pero de hecho estas valoraciones siempre subestimaban la situación real a causa de los ocultamientos, y probablemente la producción total de cereales llegó a ser el doble durante este período [27]. La población aumentó en un 50 por 100, hasta llegar a unos 30 millones en el año 1721. A partir de entonces, sin embargo, la población descendió porque las malas

[26] Kohachiro Takahashi, «La place de la révolution de Meiji dans l'histoire agraire du Japon», *Revue Historique*, octubre-diciembre de 1953, páginas 235-6.

[27] Hall, *Japan from prehistory to modern times*, p. 201.

cosechas y las hambres se cebaron en la mano de obra excedente, y las aldeas comenzaron a practicar controles maltusianos para alejar aquellos peligros. Así, en el siglo XVIII, el incremento demográfico fue mínimo. Es posible también que, al mismo tiempo, el crecimiento del producto bruto se haya reducido considerablemente porque, de acuerdo con los cálculos oficiales, las tierras cultivadas aumentaron en menos de un 30 por 100 [28]. Por otra parte, el último período Tokugawa se caracterizó por una comercialización mucho más intensa. El cultivo del arroz siguió representando hasta el final del shogunato las dos terceras partes de la producción agrícola y se benefició con la introducción de trilladoras perfeccionadas [29]. La clase feudal monetarizaba en las ciudades el excedente de arroz extraído por medio de las cargas señoriales. Al mismo tiempo, durante todo el siglo XVIII se desarrolló con mucha rapidez la especialización regional: los cultivos de venta inmediata, tales como el azúcar, el algodón, el té, el añil y el tabaco, se producían directamente para el mercado, y con frecuencia algunos monopolios mercantiles de los *han* fomentaban su cultivo. Es evidente que, al final del shogunato, una proporción bastante alta del producto total agrario se comercializaba [30], bien directamente por medio de la producción campesina para el merca-

[28] Hall, *Japan from prehistory to modern times*, pp. 201-2. En algunos casos, las habilitaciones de tierras condujeron, como en la Europa feudal o en la China medieval, al deterioro de las tierras más viejas, y el exceso de obras de regadío produjo inundaciones desastrosas. Ver J. W. Hall, *Tanuma Okitsugu, 1719-1788*, Cambridge (Massachusetts), 1955, páginas 63-5.

[29] Las nuevas trilladoras del siglo XVIII fueron quizá la única innovación técnica importante en la agricultura japonesa durante este período: T. C. Smith, *The agrarian origins of modern Japan*, Stanford, 1959, página 102.

[30] La extensión exacta de esta comercialización es objeto de una considerable disputa. Crawcour afirma que «se puede decir» que a mediados del siglo XIX más de la mitad y, posiblemente, cerca de las tres cuartas partes de la producción bruta llegaban de una forma u otra al mercado: E. S. Crawcour, «The Tokugawa heritage», en W. Lockwood, comp., *The State and economic enterprise in Japan*, Princeton, 1965, pp. 39-41. Ohkawa y Rozovsky desechan, por su parte, una estimación tan alta, y subrayan que incluso a principios de la década de 1960 sólo el 60 por 100 de la producción agraria japonesa llegaba al mercado. Estos autores consideran que, si se excluyen los impuestos en arroz, el índice de la verdadera comercialización (campesina) probablemente no superaba el 20 por 100 en la década de 1860: «A century of Japanese economic growth», en Lockwood, comp., *The State and economic enterprise in Japan*, p. 57. Hay que insistir en que la distinción estructural entre las formas nobiliaria y campesina de comercialización es fundamental para la comprensón de la dinámica y los límites de la agricultura Tokugawa.

do, bien indirectamente por medio de la venta de los ingresos feudales en arroz procedentes del sistema fiscal.

La invasión de las aldeas por una economía monetaria y las bruscas fluctuaciones coyunturales en los precios del arroz aceleraron inevitablemente la diferenciación social entre el campesinado. Desde el mismo comienzo de la época Tokugawa, la tenencia de tierra en las aldeas japonesas siempre había sido muy desigual. Las familias campesinas ricas poseían tierras más amplias de lo normal y las cultivaban con la ayuda de mano de obra dependiente enmascarada bajo varias formas de relaciones de seudoparentesco o consuetudinarias con campesinos más pobres, a la vez que dominaban los consejos de aldea por cuanto formaban la élite plebeya tradicional[31]. La expansión de la agricultura comercial aumentó enormemente el poder y la riqueza de este grupo social. Aunque técnicamente era ilegal que compraran o vendieran tierras, en la práctica la desesperación arrastró a muchos campesinos pobres a hipotecar sus lotes a los usureros de las aldeas cuando, en el siglo XVIII, las cosechas fueron escasas y los precios altos. De esta forma apareció en el seno de la economía rural un segundo estrato explotador, en una situación intermedia entre el funcionariado señorial y los productores inmediatos: los *jinushi*, o propietarios-usureros, que normalmente eran, por su origen, los campesinos más ricos o los caciques (*shoya*) de las aldeas, y que frecuentemente aumentaban su riqueza por medio de la financiación de nuevos cultivos, emprendidos por subarrendatarios dependientes o por trabajadores asalariados. El modelo de tenencia de tierra dentro del *mura* se concentró cada vez más, y las ficciones de parentesco entre los habitantes de la aldea dejaron paso a las relaciones monetarias. Y así, mientras la renta percápita aumentó probablemente durante el último período Tokugawa al detenerse el crecimiento demográfico[32], y mientras el estrato *jinushi* se expandió y pros-

[31] Smith, *The agrarian origins of modern Japan*, pp. 5-64, presenta un amplio estudio de este modelo tradicional.

[32] El resultado global de la economía agraria del último período Tokugawa es todavía objeto de controversias. Nakamura, en su importante estudio, al revisar las estimaciones oficiales del arroz a partir del comienzo de la época Meiji, desarrolla un conjunto de hipótesis que indican un aumento de un 23 por 100 sobre el período de 1680 a 1870: véase J. Nakamura, *Agricultural production and the economic development of Japan, 1873-1922*, Princeton, 1966, pp. 75-8, 90, 137. Rozovsky, sin embargo, plantea serias objeciones a estos cálculos, arguyendo que el rendimiento atribuido por Nakamura al cultivo de arroz de la época Tokugawa tiene que ser demasiado alto porque supera al de todos los demás países del

peró, este mismo proceso provocó la ruina del ya miserable sustento de los campesinos más pobres. Los siglos XVIII y XIX, puntuados con ruinosas situaciones de escasez, contemplaron un número creciente de rebeliones populares en el campo. Estas rebeliones, que en un primer momento tuvieron un carácter local, tendieron, a medida que pasaba el tiempo, a adquirir una incidencia regional, y después casi nacional, para alarma de las autoridades *han* y *Bakufu*[33]. Las revueltas campesinas de la época Tokugawa eran todavía demasiado fortuitas y desorganizadas como para convertirse en una seria amenaza política contra el sistema *Baku-han;* constituían, sin embargo, los síntomas de una creciente crisis económica en el seno del viejo orden feudal.

Mientras tanto, dentro de esta economía agraria se habían desarrollado, como en la Europa feudal, importantes centros urbanos, dedicados a las operaciones mercantiles y a las manufacturas. La autonomía municipal de las épocas Ashikaga y Sengoku se había suprimido para siempre a finales del siglo XVI. El shogunato Tokugawa no permitió el autogobierno urbano; todo lo más, se autorizaron unos honoríficos consejos de comerciantes en Osaka y Edo, bajo el firme control de los magistrados del *Bakufu*, encargados de la administración de las ciudades[34]. Naturalmente, los castillos-ciudades de los *han* tampoco dejaron ningún espacio para las instituciones municipales. Por otra parte, la pacificación del país y el establecimiento del sistema *sankin-kotai* dio un impulso comercial sin precedentes al sector urbano de la economía japonesa. La alta

Asia monzónica en el siglo XX: H. Rozovsky, «Rumbles in the rice-fields: Professor Nakamura versus the official statistics», *Journal of Asian Studies*, XXVII, 2, febrero de 1968, p. 355. Dos artículos recientes ofrecen unos relatos eufóricos pero impresionistas de la agricultura *Baku-han*, sin ningún intento de cuantificación: S. B. Hanley y K. Yamamura, «A quiet transformation in Tokugawa economic history», *Journal of Asian Studies*, XXX, 2, febrero de 1971, pp. 373-84, y Kee Il Choi, «Technological diffusion in agriculture under the *Baku-han* system», *Journal of Asian Studies*, XXX, 4, agosto de 1971, pp. 749-59.

[33] La investigación moderna ha identificado hasta ahora alrededor de 2.800 revueltas campesinas entre 1590 y 1867; otros 1.000 estallidos populares tuvieron lugar en las ciudades: Kohachiro Takahashi, «La Restauration de Meiji au Japon et la Révolution Française», *Recherches Internationales*, 62, 1970, p. 78. En el siglo XIX aumentó el número de revueltas intercampesinas (por oposición a las antiseñoriales): Akamatsu, *Meiji, 1868*, pp. 44-5.

[34] C. D. Sheldon, *The rise of the merchant class in Tokugawa Japan, 1600-1868*, Locust Valley, 1958, pp. 33-6, comenta que los cabecillas campesinos ejercían un mayor poder efectivo en las aldeas que los comerciantes en las ciudades.

aristocracia incrementó rápidamente el consumo de bienes de lujo, a la vez que la conversión de la clase de caballeros en funcionarios asalariados aumentaba también la demanda de comodidades (tanto la burocracia shogunal como la de los *han* estaban siempre sobrecargadas a causa de la amplitud de la clase samurai). Había también un fuerte drenaje de la riqueza de los *daimyo* hacia las ciudades de Edo y Osaka, provocado por la costosa construcción y los itinerarios ostentosos que suponían las estancias periódicas de los grandes señores feudales en la capital de los Tokugawa. Se ha estimado que entre el 60 y el 80 por 100 de los desembolsos monetarios de los *han* se destinaban a los gastos del *sankin-kotai* [35]. En Edo había más de 600 residencias oficiales, o *yashiki*, mantenidas por los *daimyo* (la mayor parte de los grandes señores tenían más de tres). Estas residencias eran, en realidad, extensas y complejas propiedades —las mayores podían tener hasta 160 hectáreas— que incluían mansiones, oficinas, cuarteles, escuelas, establos, gimnasios, jardines e incluso prisiones. Posiblemente un sexto de los séquitos de los *han* estaban permanentemente estacionados en ellas. La gran aglomeración urbana de Edo estaba dominada por un sistema concéntrico de estas residencias *daimyo*, cuidadosamente distribuidas en torno al vasto palacio-fortaleza Chiyoda que el propio shogunato tenía en el centro de la ciudad. En total, la mitad de la población de Edo vivía en las casas de los samurais, y no menos de dos tercios de toda el área de la ciudad eran propiedad de la clase militar [36]. Para sostener el enorme costo de este sistema de consumo feudal forzoso, los gobiernos de los *han* estaban obligados a convertir sus ingresos fiscales, que en su mayor parte se extraían en especie del campesinado, en rentas en dinero. El excedente de arroz se llevaba, pues, al mercado de Osaka, que llegó a ser un importante centro de distribución, equivalente comercial al centro de consumo de Edo. En Osaka, los almacenes de los

[35] T. G. Tsukahira, *Feudal control in Tokugawa Japan: the sankin-kotai system*, Cambridge (Massachusetts), 1966, pp. 96-102. Una descripción gráfica de los nuevos estilos de vida urbana adoptados por los nobles y los comerciantes en Edo puede verse en Hall, *Tanuma Okitsugu*, pp. 107-17.

[36] Después de la restauración, el gobierno Meiji publicó los siguientes datos relativos a la propiedad urbana en Edo: el 68,6 por 100 era «tierra militar»; el 15,6 por 100 pertenecía a «templos y santuarios», y sólo el 15,8 por 100 era propiedad de los habitantes de las ciudades o *chonin:* Tsukahira, *Feudal control in Tokugawa Japan*, pp. 91, 196; Totman calcula que el tamaño de todo el castillo Chiyoda era de una milla cuadrada, y que sólo el recinto principal ocupaba casi cuatro hectáreas: *Politics in the Tokugawa Bakufu*, pp. 92, 95.

han eran administrados por comerciantes especializados que adelantaban créditos a los señores o a sus vasallos contra los impuestos y estipendios y especulaban con mercancías futuras. La monetarización obligada de las rentas feudales creó así las condiciones para una rápida expansión del capital mercantil en las ciudades. Al mismo tiempo, se prohibió legalmente que la clase *chonin*, compuesta por los habitantes de las ciudades, pudiera adquirir tierras agrícolas. De esta forma se impidió que los comerciantes japoneses de la época Tokugawa desviaran su capital hacia la propiedad rural, según el modelo de sus homólogos chinos [37]. La misma rigidez del sistema de clases creado por Hideyoshi favoreció así, paradójicamente, el ininterrumpido crecimiento de fortunas puramente urbanas.

De esta forma se desarrolló en las grandes ciudades, durante los siglos XVII y XVIII, un estrato muy próspero de mercaderes dedicados a una amplia gama de actividades comerciales. Las compañías urbanas de los *chonin* acumulaban capital por medio de la comercialización del excedente agrícola (comerciando tanto en arroz como en los nuevos cultivos del algodón, la seda y el añil); los servicios de transporte (el transporte costero se desarrolló intensamente); las transacciones monetarias (en este período había más de treinta monedas importantes en circulación, ya que los *han* emitían papel aparte de las monedas acuñadas en metal por el *Bakufu*); las manufacturas de textiles, porcelanas y otros artículos (concentradas en talleres urbanos o dispersas en las aldeas por medio de un sistema de trabajo a domicilio); las empresas madereras y de la construcción (los frecuentes incendios exigían una continua reconstrucción en las ciudades), y los préstamos a los *daimyo* y al shogunato. Las grandes casas mercantiles llegaron a controlar ingresos equivalentes a los de los señores territoriales más prominentes, para quienes actuaban como agentes financieros y fuentes de crédito. La creciente comercialización de la agricultura, acompañada de una masiva emigración ilegal hacia las ciudades, permitió una enorme expansión del mercado urbano. En el siglo XVIII, Edo podía tener una población de un millón de habitantes —más que Londres y París en la misma época—; Osaka y Kyoto quizá tuvieran 400.000 habitantes cada una, y posiblemente una décima parte de la población

[37] La clase *chonin* incluía, legalmente, a los comerciantes (*shonin*) y a los artesanos (*konin*). La exposición que sigue se refiere fundamentalmente a los comerciantes.

total de Japón vivía en ciudades de más de 10.000 habitantes[38]. Esta rápida oleada de urbanización condujo a un efecto de tijera en los precios de los bienes manufacturados y agrícolas, dada la relativa rigidez de la oferta en el sector rural, del que procedían los ingresos de la nobleza. Como consecuencia se produjeron dificultades presupuestarias crónicas, tanto para el gobierno *Bakufu* como para los *han*, que se convirtieron en deudores permanentes de los mercaderes que les adelantaban préstamos contra sus ingresos fiscales.

Los crecientes déficits aristocráticos de la última época Tokugawa no se reflejaron, sin embargo, en un correlativo ascenso de la comunidad *chonin* dentro del orden social. El shogunato y los *daimyo* reaccionaron frente a la crisis de sus ingresos anulando sus deudas, extrayendo coercitivamente grandes «regalos» de la clase de los mercaderes y reduciendo los estipendios en arroz de sus samurais. Los *chonin* estaban jurídicamente a merced de la nobleza a la que suministraban crédito, y sus ganancias podían ser arbitrariamente liquidadas por medio de donaciones obligatorias o de impuestos especiales. El derecho Tokugawa era «socialmente superficial y territorialmente limitado»: cubría únicamente a los dominios *tenryo*, carecía de un verdadero sistema judicial y estaba principalmente centrado en la represión del crimen. El derecho civil resultaba rudimentario y era administrado de mala gana por las autoridades del *Bakufu* como una simple gracia en los litigios entre partes privadas[39]. Así pues, la seguridad legal para las transaciones de capital siempre fue precaria, aunque las grandes ciudades shogunales ofrecían protección a los comerciantes contra las presiones de los *daimyo*, si bien no contra las del *Bakufu*. Por otra parte, el mantenimiento del sistema *Baku-han* bloqueó la aparición de un mercado interior unificado y obstaculizó el crecimiento del capital mercantil en el plano nacional, cuando ya se habían alcanzado los límites de los gastos del *sankin-kotai*. Los puestos de control y los guardias fronterizos de los *han* impedían el libre paso de bienes y personas, a la vez que la mayoría de las grandes casas *daimyo* seguían una política proteccionista de restricciones a la importación. Sin embargo, lo más decisivo para el futuro de la clase *chonin* fue el aislacionismo Tokugawa. A partir de la década de 1630,

[38] Hall, *Japan from prehistory to modern times*, p. 210.
[39] D. F. Henderson, «The evolution of Tokugawa law», en J. Hall y M. Jansen, comps., *Studies in the institutional history of early modern Japan*, Princeton, 1968, pp. 207, 214, 225-8.

y salvo el enclave chino-holandés de Nagasaki, Japón quedó cerrado para los extranjeros y no se permitió que ningún japonés abandonase el país. Estas fronteras selladas fueron como un permanente dogal que impidió el desarrollo del capital mercantil en Japón. Una de las precondiciones fundamentales de la acumulación originaria en la Europa moderna fue la drástica internacionalización del comercio y la explotación mercantiles a partir de la época de los descubrimientos. Lenin subrayó repetida y correctamente que «no es posible imaginarse una nación capitalista sin comercio exterior, aparte de que no existe»[40]. La política shogunal de reclusión borró toda posibilidad de una transición hacia el modo de producción capitalista dentro del marco Tokugawa. Privado del comercio exterior, el capital comercial de Japón se vio constantemente frenado y reconducido hacia una dependencia parasitaria de la nobleza feudal y de sus sistemas políticos. Su notable crecimiento, a pesar de los límites insuperables puestos a su expansión, fue posible únicamente por la densidad y el volumen de los mercados interiores, a pesar de su división; con sus treinta millones de habitantes, el Japón de mediados del siglo XVIII era más populoso que Francia. Pero no puede existir un «capitalismo en un solo país». El aislacionismo Tokugawa condenó a los *chonin* a una existencia fundamentalmente subalterna.

La gran explosión urbana provocada por el sistema *sankin-kotai* llegó a su final a principios del siglo XVIII, coincidiendo con la disminución del crecimiento demográfico. En 1721, el shogunato autorizó unos restrictivos monopolios oficiales. A partir de 1735, aproximadamente, se paralizó la construcción y la expansión en las grandes ciudades del *Bakufu*[41]. En realidad, la vitalidad comercial ya había pasado para entonces de los banqueros y comerciantes de Osaka a los más modestos mayoristas interregionales. Estos, a su vez, consiguieron privilegios monopolistas a finales del siglo XVIII, y la iniciativa empresarial se trasladó todavía más en dirección a las provincias. A principios del siglo XIX, el estrato de los propietarios-comerciantes rurales *jinushi* fue el que mostró más dinamismo para los negocios y se aprovechó de la falta de restricciones gremiales en el campo para implantar en las aldeas industrias tales como la elaboración de *sake* o las manufacturas de seda (que

[40] Lenin, *Collected Works*, vol. 3, p. 65 [*Obras Completas*, vol. 3, páginas 56-60]; véanse también vol. 1, pp. 102, 103; vol. 2, pp. 164-5.
[41] Sheldon, *The rise of the merchant class in Tokugawa Japan*, p. 100.

en esta época emigraron de las ciudades)[42]. Se produjo, pues, una progresiva difusión del comercio hacia el exterior de las ciudades, que, a finales de la época Tokugawa, estaba provocando una transformación del campo antes que una revolución en las ciudades. La actividad manufacturera permanecía en un estado muy primitivo: había poca división de trabajo tanto en las empresas urbanas como en las rurales; no se habían producido innovaciones técnicas importantes, y las concentraciones de trabajadores asalariados eran relativamente pocas. En realidad, la industria japonesa tenía un carácter abrumadoramente artesanal y su equipamiento era exiguo. El desarrollo extensivo del comercio organizado nunca se vio igualado por un avance intensivo en los métodos de producción. La tecnología industrial era arcaica y su perfeccionamiento resultaba extraño a las tradiciones de los *chonin*. La prosperidad y la vitalidad de la clase mercantil japonesa había producido una cultura urbana diferenciada, de gran sofisticación artística, especialmente en la pintura y la literatura. Pero no había generado ningún avance en el conocimiento científico ni innovación alguna en el pensamiento político. Dentro del orden *Baku-han*, la creatividad *chonin* estaba confinada a los ámbitos de la imaginación y la diversión; nunca se extendió a la investigación ni a la crítica. La comunidad mercantil carecía, como tal clase, de autonomía intelectual y de dignidad corporativa: hasta el final se vio limitada por las condiciones históricas de existencia que le impuso la autarquía feudal del shogunato.

La inmovilidad del *Bakufu* perpetuó, a su vez, la paradoja estructural del Estado y la sociedad a la que el shogunato había dado origen. Porque, al contrario de todas las variantes del feudalismo europeo, el Japón Tokugawa combinó una fragmentación de la soberanía notablemente rígida y estática con una velocidad y un volumen de circulación mercantil extremadamente alto. A juicio de uno de sus principales historiadores modernos[43], el marco social y político del país era semejante al de la Francia del siglo XIV, aunque la magnitud económica de Edo era superior a la del Londres del siglo XVIII. Culturalmente, el nivel educativo global de Japón era extraordinario: a mediados del siglo XIX quizá supieran leer y escribir el 30

[42] Sobre estos sucesivos cambios del centro de gravedad comercial bajo el shogunato, véase E. S. Crawcour, «Changes in Japanese commerce in the Tokugawa period», en Hall y Jansen, comps., *Studies in the institutional history of early modern Japan*, pp. 193-201.

[43] Craig, *Choshu in the Meiji Restoration*, p. 33.

por 100 de la población adulta y el 40-50 por 100 de los hombres[44]. Excepto Europa y Norteamérica, ninguna otra área del mundo tenía unos mecanismos financieros tan articulados, un comercio tan avanzado y un nivel de alfabetización tan alto. La compatibilidad última entre la economía y el sistema político japoneses en la época Tokugawa se basó fundamentalmente en la desproporción entre el *intercambio* y la *producción* mercantil dentro del país. En efecto, como ya hemos visto, la monetarización del excedente señorial, que era el motor básico del crecimiento urbano, no correspondía al volumen real de la agricultura comercial del campesinado; siempre fue una transformación «artificial» de las cargas feudales en especie, sobreimpuesta a una producción primaria que, a pesar de su creciente orientación hacia el mercado en las últimas fases del shogunato, era todavía predominantemente de subsistencia. Esta disyunción objetiva, que afectaba a la base del sistema económico, fue lo que permitió *internamente* la conservación de la primitiva fragmentación jurídica y territorial del Japón, que databa del reajuste al que se llegó después de Sekigahara. La precondición *externa* de la estabilidad Tokugawa —igualmente vital— fue el cuidadoso aislamiento del Japón respecto al mundo exterior, que le apartó de los contagios ideológicos, los problemas económicos, las disputas diplomáticas y las contiendas militares de todo tipo. A pesar de todo, incluso dentro del enrarecido mundo del torreón de Chiyoda, las tensiones provocadas por el mantenimiento de una anticuada maquinaria «medieval» de gobierno en una dinámica economía «moderna» se hacían cada vez más evidentes a principios del siglo XIX.

Y es que el *Bakufu*, como la mayor parte de los *daimyo* provinciales, se estaba hundiendo gradualmente en una progresiva crisis de ingresos. Lógicamente, en la intersección material de soberanía y productividad, el eslabón más vulnerable del shogunato era su sistema fiscal. El gobierno Tokugawa no tenía que soportar por sí mismo, desde luego, los gastos del sistema *sankin-kotai*, que había impuesto a los *han*. Pero como toda la justificación social del consumo ostentoso implícito en este sistema era la de mostrar los grados de jerarquía y prestigio dentro de la clase aristocrática, los gastos voluntarios de ostentación del propio shogunato tenían que ser necesariamente superiores a los de los *daimyo*: sólo la casa palatina, compuesta por las mujeres de la corte, absorbía en el siglo XVIII

[44] R. P. Dore, *Education in Tokugawa Japan*, Berkeley, 1965, pp. 254, 321.

una parte del presupuesto superior al conjunto del aparato defensivo de Osaka y Kyoto[45]. Por otra parte, el *Bakufu* tenía que realizar ciertas funciones de carácter casi nacional, en cuanto cima unitaria de la pirámide de soberanías feudales, mientras que disponía tan sólo de un quinto de los recursos agrícolas del país: siempre existía un desequilibrio potencial entre sus responsabilidades y su capacidad fiscal. Su extensa burocracia de *bushi* era, naturalmente, mucho más amplia que la de cualquier *han*, y su mantenimiento resultaba extremadamente costoso. El costo total de los estipendios de rango y cargo de sus vasallos ligios abarcaba cerca de la mitad de su presupuesto anual, mientras dentro del *Bakufu* se extendía por doquier la corrupción oficial[46]. Al mismo tiempo, el producto fiscal de sus tierras familiares tendía a descender en términos reales, porque no podía impedir la creciente conmutación en dinero de los impuestos en arroz, lo que reducía su tesorería, porque el tipo de conversión estaba normalmente por debajo de los precios de mercado y el valor de la moneda se depreciaba constantemente[47]. En la primera fase de la época Tokugawa, el monopolio de los metales preciosos por el shogunato había constituido una partida altamente rentable. A principios del siglo XVII, la producción japonesa de plata era aproximadamente la mitad de todos los envíos americanos a Europa en el momento culminante de las expediciones españolas[48]. Pero en el siglo XVIII las minas sufrieron inundaciones y la producción descendió considerablemente. El *Bakufu* respondió a este descenso recurriendo a depreciaciones sistemáticas de la moneda existente: entre el año 1700 y 1854, el volumen nominal de la moneda puesta en circulación por el shogunato aumentó en un 400 por 100[49]. Estas devaluaciones llegaron a proporcionarle

[45] Totman, *Politics in the Tokugawa Bakufu*, p. 287.

[46] Sobre los costes salariales véase Totman, *Politics in the Tokugawa Bakufu*, p. 82. Sobre la corrupción y la compra de cargos, véase la encantadora franqueza de Tanuma Okitsugu, gran chambelán del *Bakufu* a finales del siglo XVIII: «El oro y la plata son tesoros más preciosos que la misma vida. Si una persona trae ese tesoro junto con la expresión de su deseo de servir en algún puesto público, puedo estar seguro de la seriedad de su deseo. La fuerza del deseo de un hombre aparecerá en la magnitud de su donación». Hall, *Tanuma Okitsugu*, p. 55.

[47] Totman, *Politics in the Tokugawa Bakufu*, pp. 78-80. El límite legal para la conversión en dinero era de un tercio del impuesto, pero la media real llegaba a superar los dos quintos.

[48] Vilar, *Oro y moneda en la historia*, p. 103.

[49] P. Frost, *The Bakumatsu currency crisis*, Cambridge (Massachusetts), 1970, p. 9.

entre un cuarto y la mitad de sus ingresos anuales: como en el país no entraba ninguna moneda competitiva y como en el conjunto de la economía se produjo una expansión de la demanda, la inflación de precios a largo plazo fue relativamente baja. No existía ningún impuesto regular sobre el comercio, pero a partir de principios del siglo XVIII la clase mercantil sufrió periódicas e importantes confiscaciones cuando el shogunato así lo decidió. A pesar de todo, los repetidos déficits presupuestarios y las graves situaciones financieras continuaron acosando al *Bakufu*, cuyos déficits anuales fueron muy superiores a medio millón de *ryo* oro entre 1837 y 1841[50]. Por otra parte, las oscilaciones a corto plazo de los precios, provocadas por las malas cosechas, podían precipitar situaciones de crisis en el campo y en la capital. Después de casi una década de malas cosechas, el fantasma del hambre cayó sobre la mayor parte de Japón en la década de 1830, mientras la camarilla de los *roju* en el poder luchaba en vano por mantener los precios y consolidar los ingresos de la casa. En 1837, Osaka fue escenario de una desesperada tentativa de insurrección plebeya, que reveló hasta qué punto estaba cargado el clima político del país. Al mismo tiempo —y después de dos siglos de paz interior—, el aparato militar del shogunato estaba profundamente corroído: las arcaicas e incompetentes unidades de guardia de los *tenryo* resultaron incapaces de garantizar la seguridad en la propia Edo durante una crisis civil[51]; el *Bakufu*, además, no tenía ya ninguna superioridad operativa sobre las fuerzas que podían reunir los *han tozama* del sudoeste. La evolución militar del feudalismo Tokugawa fue la antítesis de la del absolutismo europeo: su poderío militar sufrió una progresiva disminución y dilapidación.

A principios del siglo XIX, el orden feudal japonés estaba sufriendo una lenta crisis interna, pero si bien la economía mercantil ya había erosionado la estabilidad de la vieja estructura social e institucional, todavía no había generado los elementos para una solución política que ocupara su lugar. A mediados de siglo, la paz Tokugawa estaba todavía intacta. El impacto exógeno del imperialismo occidental, con la llegada de la escua-

[50] W. G. Beasley, *The Meiji Restoration*, Londres, 1973, p. 51.

[51] Un signo llamativo del arcaísmo militar del shogunato fue el mantenimiento de la primacía oficial de la espada sobre el mosquetón, a pesar de todas las experiencias sobre la superioridad de las armas de fuego durante la época Senkogu. Totman, *Politics in the Tokuwava Bakufu*, pp. 47-8.

dra del comodo Perry en 1853, fue lo que condensó las múltiples contradicciones latentes del Estado shogunal y provocó una explosión revolucionaria contra él. La agresiva intrusión de los barcos de guerra norteamericanos, rusos, británicos, franceses y otros en las aguas japonesas, exigiendo a punta de cañón el establecimiento de relaciones diplomáticas y comerciales, planteó al *Bakufu* un ominoso dilema. Durante dos siglos, el *Bakufu* había inculcado sistemáticamente la xenofobia en todas las clases sociales de Japón como uno de los elementos más sagrados de la ideología oficial: la exclusión absoluta de los extranjeros había sido, indudablemente, uno de los ejes sociológicos de su dominio. Pero ahora se enfrentaba a una amenaza militar cuyo poder tecnológico —encarnado en las naves acorazadas que habían anclado en la bahía de Yokohama— podía aplastar con toda facilidad, como se hizo inmediatamente evidente, a sus propios ejércitos. El *Bakufu*, por tanto, tuvo que contemporizar y conceder la exigencia occidental de una «apertura» de Japón para conservar su propia supervivencia. Pero, al hacer esto, se volvió inmediatamente vulnerable a los ataques xenófobos procedentes del interior. Algunos importantes linajes colaterales de la misma casa Tokugawa eran rabiosamente hostiles a la presencia de misiones extranjeras en Japón: los primeros asesinatos de occidentales en su enclave de Yokohama fueron a menudo obra de los samurais procedentes del feudo de Mito, una de las tres más importantes ramas jóvenes de la dinastía Tokugawa. En Kyoto, el emperador —guardián y símbolo de los valores culturales tradicionales— se oponía también ferozmente a los tratos con los intrusos. Con el comienzo de lo que todos los sectores de la clase feudal japonesa sentían como un peligro nacional, la corte imperial se reactivó repentinamente como un verdadero polo secundario de poder, y la aristocracia *kuge* de Kyoto se convirtió muy pronto en un constante foco de intriga contra la burocracia shogunal de Edo. El régimen Tokugawa estaba ya, realmente, en una situación imposible. Políticamente, sólo podía justificar sus progresivas retiradas y concesiones ante las exigencias occidentales, explicando a los *daimyo* la inferioridad militar que las hacía necesarias. Pero hacer esto equivalía a admitir su propia debilidad y, en consecuencia, a invitar a la subversión y la rebelión armada contra el propio régimen. Acorralado por el peligro exterior, se volvió cada vez más incapaz de enfrentarse al malestar interior provocado por sus tácticas dilatorias.

Económicamente, este abrupo final de la reclusión japonesa

trastrocó toda la viabilidad del sistema monetario shogunal, porque como las acuñaciones Tokugawa eran esencialmente emisiones arbitrarias, con un contenido en metales preciosos muy inferior al de su valor nominal, los comerciantes extranjeros se negaron a aceptarlas en paridad con las monedas occidentales, basadas en su verdadero peso de plata. La llegada del comercio exterior en gran escala obligó al *Bakufu* a devaluar ininterrumpidamente el contenido de plata de sus monedas y a emitir papel moneda mientras subía la demanda exterior de los productos locales más importantes: la seda, el té y el algodón. El resultado fue una catastrófica inflación interna: el precio del arroz se quintuplicó entre 1853 y 1869 [52], causando un profundo malestar popular en el campo y en las ciudades. La burocracia shogunal, intrincada y dividida, fue incapaz de reaccionar con una política clara y decidida frente a los peligros que se cernían sobre ella. El lamentable estado de su aparato de seguridad se puso de manifiesto cuando en 1860 el único dirigente decidido que produjo el *Bakufu* en su última fase, Ii Naosuke, fue asesinado en Edo por samurais xenófobos [53]. Dos años después, un nuevo *attentat* obligó a su sucesor a dimitir. Los feudos *tozama* del sudoeste —Satsuma, Choshu, Tosa y Saga—, siempre enfrentados al *Bakufu* por su posición estructural, se envalentonaron ahora, pasando a la ofensiva y conspirando para su derrocamiento. Todos sus recursos militares y económicos, administrados por regímenes más sólidos y eficaces que el gobierno de Edo, se pusieron en pie de guerra. Los ejércitos *han* fueron modernizados, ampliados y reequipados con armamentos occidentales, y mientras Satsuma ya poseía el mayor contingente samurai de Japón, los jefes Choshu reclutaron y equiparon a campesinos ricos para crear una fuerza plebeya que pudiera utilizarse contra el shogunato. Las expectativas populares de grandes cambios se extendían de forma supersticiosa entre las multitudes de Nagoya, Osaka y Edo, mientras que se conseguía el apoyo tácito de algunos banqueros *chonin* para suministrar las reservas financieras necesarias para una guerra civil. Una constante vinculación con los *kuge*, descontentos de Kyoto, aseguró a los dirigente *tozama* la cobertura ideológica esencial para la proyectada operación: se trataba nada menos que de una revolución cuyo objetivo formal consistía en el restablecimiento de la autoridad imperial, que ha-

[52] Frost, *The Bakumatsu currency crisis*, p. 41.

[53] Sobre este episodio fundamental véase Akamatsu, *Meiji 1868*, páginas 165-7.

bía sido usurpada por el shogunato. El emperador proporcionaba, pues, un símbolo trascendental al que en teoría podían unirse todas las clases sociales. Un golpe súbito entregó Kyoto a las tropas de Satsuma en 1867. El emperador Meiji, con la ciudad bajo el control militar, leyó una proclama redactada por su corte por la que se ponía fin al shogunato. El *Bakufu*, subvertido y desmoralizado, se mostró incapaz de una resistencia firme. En pocas semanas, todo Japón había sido tomado por los insurgentes ejércitos *tozama* y se había fundado el Estado Meiji unitario. La caída del shogunato significó el fin del feudalismo japonés.

Económica y diplomáticamente socavado desde el exterior —una vez que hubo desaparecido la seguridad de su aislamiento— el Estado Tokugawa se hundió política y militarmente desde el interior a causa de la misma parcelación de la soberanía que siempre había procurado mantener. La falta de un monopolio de la fuerza armada y su incapacidad para suprimir la legitimidad imperial le hicieron impotente en último término ante una insurrección bien organizada en el nombre del emperador. El Estado Meiji que le sucedió procedió rápidamente a una serie de profundas medidas para abolir el feudalismo desde arriba, medidas que constituían el programa más radical nunca decretado. El sistema de feudos fue liquidado, y el orden de cuatro estamentos, destruido; se promulgó la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley; se reformó el calendario y el vestido; se creó un mercado unificado y una sola moneda, y se promovió sistemáticamente la industrialización y la expansión militar. Una economía y un sistema político capitalistas surgieron directamente de la eliminación del shogunato. Los complejos mecanismos históricos de la transformación revolucionaria llevada a cabo por la restauración Meiji se examinarán en otro lugar. Aquí sólo es necesario subrayar que, contrariamente a la hipótesis de algunos historiadores japoneses [54], el

[54] Ver, por ejemplo, el estudio marxista clásico de la Restauración, que fuera de Japón sólo es asequible en ruso: Shigeki Toyama, *Meidzi isin, krushenie feodalizma v Yaponii*, Moscú, 1959, pp. 183, 217-8, 241, 295. Aquí sólo tenemos espacio para repetir la escueta afirmación hecha antes: es preciso reservar para un estudio posterior la discusión completa del carácter histórico de la restauración Meiji. Sin embargo, es posible apuntar la opinión de Lenin sobre la naturaleza del vencedor en la guerra ruso-japonesa. Lenin creía que la «burguesía japonesa» había infligido «una bochornosa derrota» a la «autocracia feudal» del zarismo: «la Rusia absolutista ha sido ya vencida por el Japón constitucional». Lenin, *Collected Works*, vol. 8, pp. 52, 53, 28 [*Obras Completas*, vol. 8, páginas 43, 44, 19].

Estado Meiji no fue en sentido categórico un absolutismo. Al principio fue una dictadura de emergencia del nuevo bloque dominante, y muy pronto se reveló como un Estado capitalista autoritario cuyo temple fue puesto a prueba, en pocas décadas y con todo éxito, contra un verdadero absolutismo. En 1905, los descalabros rusos en Tsushima y Mukden revelaron al mundo la diferencia que existía entre ambos. El paso del feudalismo al capitalismo se efectuó en Japón, en una medida insólita, sin ningún interludio político.